

ESTUDIO ANALÍTICO DE LOS RASGOS DECADENTES
DE LA PRIMERA DE LAS SONATAS DE VALLE-INCLÁN

La didáctica del decadentismo

UNA APROXIMACIÓN A SONATA DE OTOÑO, DE VALLE-INCLÁN

Mercedes Rodríguez Fraga

mercelires@hotmail.com

A lo largo de este artículo, se lleva a cabo un estudio analítico de los rasgos decadentes de la primera de las Sonatas de Valle-Inclán, publicada en 1902. Para ello, nos centraremos en las características que definen al protagonista, el Marqués de Bradomín, nexo de unión de la tetralogía que iniciaba la obra de referencia. De la misma forma, haremos referencia a otros elementos decadentes presentes en esta obra, tan propios del Modernismo finisecular.

Along this article, will carry out an analytical study of the decadent shots of the first of the Sonatas of Valle-Inclán, published in 1902. For this, will centre us in the characteristics that define to the leading, the Marquis of Bradomín, link of union of the tetralogy that initiated the work of reference. Of the same form, will do reference to other decadent elements presents in this work, so own of the Modernism finisecular.

Introducción

Las obras de Ramón María del Valle-Inclán, así como las de Juan Ramón Jiménez, han producido siempre una gran didáctica debido a las sucesivas y constantes correcciones de su autor. Tal y como afirma

Leda Schiavo, tales correcciones hacen que el texto parezca un «perpetuo movimiento». Para elaborar este artículo, he tenido en cuenta la última versión corregida por el propio autor: la realizada en 1933, es decir, la versión que, en un principio, fue la definitiva para Valle-Inclán.

El objetivo de este artículo es resaltar aquellos elementos que definen la literatura española finisecular, centrándonos en aquellos rasgos de carácter modernista y decadente presentes fundamentalmente en la figura del Marqués de Bradomín.

Desarrollo de los contenidos

En primer lugar, es preciso aludir al límite existente entre Valle-Inclán y Bradomín, esto es, entre autor y narrador de la Sonata de Otoño. A mi juicio, creo que tal confusión no es arbitraria, sino un efecto que busca el propio Valle causar en el lector. Esta estrategia nos trae a la memoria el capítulo IX del Quijote, en el que surge una de las cuestiones más debatidas en torno a esta emblemática obra: quién es el narrador y quién es el autor. Sin embargo, una cosa sí sabemos: a Cervantes le interesaba que el lector estuviese confundido, de ahí que inventase la historia del manuscrito perdido y encontrado más tarde. En

este caso, Valle-Inclán deseaba producir el mismo efecto que su antecesor: crear misterio en el lector. No obstante, gran parte de la crítica considera que el marqués fue concebido como un álgar del escritor vilagarciano. Teniendo en cuenta estas similitudes, así como el hecho de que Valle había perdido también una mano, no es difícil deducir que el escritor gallego deseaba convertirse en un segundo Cervantes.

No obstante, no debemos confundirnos y pensar que Valle fue una persona que miraba atrás ni que vivía pensando como Bradomín que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Valle-Inclán fue un auténtico precursor de las vanguardias. De personalidad excéntrica, pasó de ser un carlista concienciado a convertirse en un detractor de la monarquía. No obstante, este cambio no respondía a una decisión volátil y sin fundamentos sino que fue el resultado de sus reflexiones tras regresar de su segundo viaje a México y luchar en contra de la dictadura de Primo de Rivera. A partir de entonces, sus obras fueron el medio idóneo para llevar a cabo una crítica mordaz y degradada de la sociedad española. Intentó por encima de todo que su voz fuese escuchada con el fin de ennoblecer una sociedad desgastada.

Por lo tanto, a la hora de analizar cualquier obra de Valle, es vital tener presente el momento histórico en que fue escrita. El año 1902 fue clave: no solo se publicó la obra que analizamos, sino también *La voluntad*, de Azorín, *Camino de perfección*, de Unamuno y *Amor y pedagogía*, de Pío Baroja. En palabras de Lázaro Carreter, fue un auténtico *annus mirabilis* ya que supuso el ocaso de la novela realista y el nacimiento de la novela del siglo XX.

Sonata de Otoño es el primer vestigio de Valle de crear un nuevo género (tal y como haría posteriormente con el esperpento y las comedias bárbaras), pasando del verso a la prosa pero sin renunciar

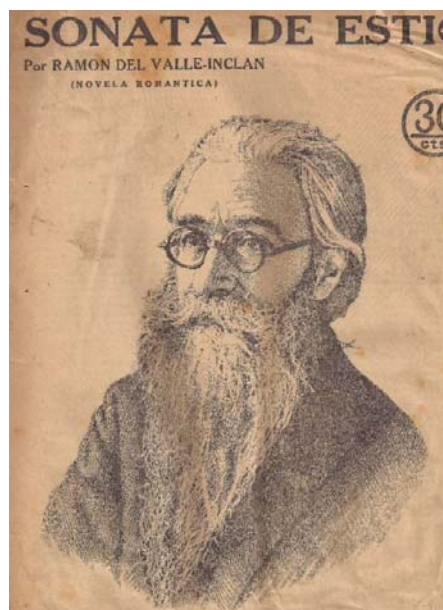
a ninguna de las peculiaridades del primero. Para la ambientación de la obra, y fiel a su carácter innovador y precursor, Valle-Inclán toma de Rubén Darío elementos decadentes ya que esta composición es un claro canto melancólico al pasado, al lado de la lánguida y agonizante Concha, que tanto nos recuerda al poema rubeniano «Ite, missa est». Pero lejos de ubicar la acción de la obra en espacios urbanos como París u orientales como la India, el lugar elegido es la Galicia rural. Su Galicia natal. Ciertamente es que el desarrollo de la obra tiene lugar en el palacio de Brandeso que destacará por la estética decimonónica que rezuma. Los protagonistas no viven conforme a la sociedad del momento sino que rememoran sus galanterías y amores de juventud como si nada hubiese cambiado.

El Marqués de Bradomín debe presentarse desde una perspectiva intertextual ya que está modelado siguiendo las características de uno de los arquetipos literarios más imitados y reproducidos de la historia: la figura del donjuán pero en este caso, «feo, católico y sentimental». Pero es preciso puntualizar un aspecto que no debe ser pasado por alto: el adjetivo «católico» no significa lo mismo en *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, o en *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, que en las **Sonatas**. Los decadentistas utilizaban los elementos de culto católico para recalcar en sus obras el componente majestuoso. Sin embargo, Valle aspiraba a conseguir el objetivo fundamental del Modernismo: la provocación. Como buen ejemplo de ello, reproduzco un fragmento de Sonata de Otoño (pp. 108-109):

[...]

«El nudo de sus cabellos se deshizo, y levantando entre las manos albas la onda negra, perfumada y sombría, me azotó con ella. Suspiré parpadeando:

-¡Es el azote de Dios!



-¡Calla, hereje!

[...]

- ¡Azótame, Concha!;Azótame como a un divino Nazareno!...;Azótame hasta morir!...

- ¡Calla!...;Calla!...

[...]

Me pareció que en sus labios vagaba un rezo y murmuré riéndome, al mismo tiempo que sellaba en ellos con los míos:

- ¡Amén!...;Amén!...;Amén!...»

- [...]

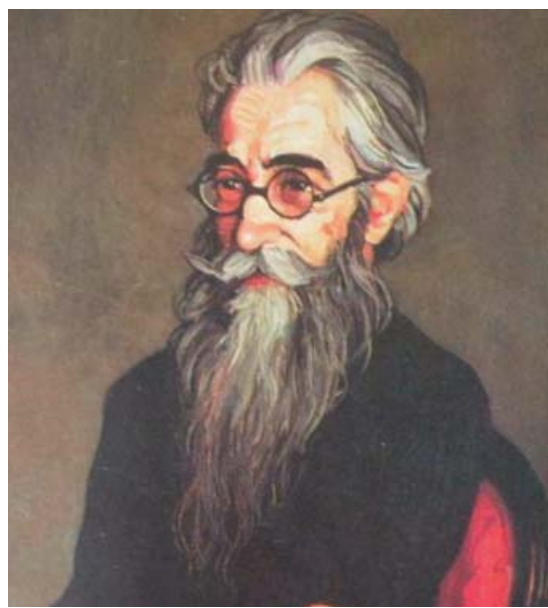
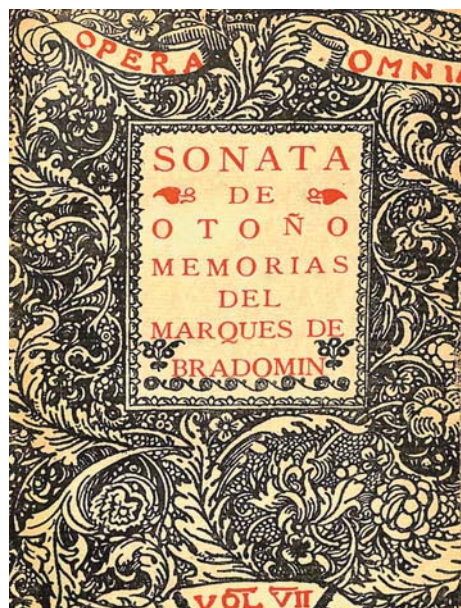
Gracias al regreso de este *dandy* anciano, Concha vuelve a revivir los placeres de antaño que, debido al gusto por lo irreverente, lo irónico y lo provocador, se ven expresados en esta obra en una ruborizante – para la época – amalgama de erotismo y religión.

Retomando el mito de *donjuán*, es necesario saber en qué punto de dicha tradición se inserta el Marqués de Bradomín. Tres son los elementos sobre los que gira el mito: la estatua de piedra, las mujeres y Don Juan. A primera vista, la estatua no parece presente. En cuanto a las mujeres, en **Sonata de Otoño**, se nos presenta a la mujer convaleciente, agonizante que tanto admiraban los escritores finiseculares ya que era la excusa perfecta para caer en la necrofilia. Concha no es una mujer fatal, como la Niña Chole en **Sonata de estío**, ni la niña pura y virgen como María Rosario en **Sonata de primavera**. Y, por último, el *dandy*. **El Marqués de Bradomín** es un Don Juan pero «admirable», como diría Balzac, en perfecta sintonía con los cánones del Modernismo que se preocupa constantemente de destacarse y luchar contra lo vulgar. ¿en qué se diferencia Bradomín de los donjuanes de la tradición literaria? Pues en que es, además de católico, feo y sentimental. La fealdad puede deberse a que, como decíamos al comienzo de este artículo, el marqués es un reflejo del propio Valle, quien

no se consideraba agraciado físicamente.

Otra diferencia significativa con respecto al Don Juan de Tirso de Molina y Zorrilla es la complejidad del marqués. Bradomín es consciente de lo irresistible que resulta a las mujeres y disfruta con ello, especialmente si la mujer es casada. Él mide, calcula todas las circunstancias, en nada es espontáneo y mucho menos se enamora. Esto parece contradecirse con el tercer calificativo: «sentimental». Pero, en cierta medida y sobre todo si lo comparamos con los demás donjuanes, sí hay algo de sentimiento en el personaje gallego. Con cada conquista, es tierno, amoroso y hace que la mujer disfrute del amor y la pasión. Debemos tener en cuenta que en la **Sonata de Otoño** y en la **Sonata de Invierno**, el protagonista es sustancialmente más sentimental que en las otras dos ya que es propio de la madurez y senectud evocar tiempos pasados, recordándolos con nostalgia y ensueño.

Otro rasgo modernista, a la vez que decadente, en Xavier de Bradomín, es la ironía que se mantiene a lo largo de toda la tetralogía. El enfoque irónico del marqués sobre la vida se debe al objetivo de reflejar una sociedad hipócrita y falsa, en la que es más importante el parecer que el ser. A tenor de esto, no hay que olvidar la injusta crítica que recibieron los modernistas que escribían una literatura más parnasiana que simbólica ya que eran considerados frívolos y poco preocupados por los problemas de una España que había perdido sus últimas colonias. Sin embargo, la obra que analizamos se erige como una crítica mordaz de la casta nobiliaria y clerical. La vida de lujo y nobleza que lleva el protagonista no es sino una denuncia del carácter ocioso de la vida de los nobles. El llamarse «católico» mientras se regocija con el adulterio de la dama y los sacrilegios es un auténtico vituperio para un sector nada bien visto por el autor.



En la **Sonata de Invierno**, la perversidad e irreverencia del marqués llega a su punto máximo cuando seduce a una novicia que acaba siendo su propia hija.

Conclusión

Para concluir, ¿puede hablarse de decadentismo en Sonata de Otoño? Teniendo en cuenta la tendencia de la obra al refinamiento extremo y al ensueño, podría decirse que sí. No obstante, debemos tener presente que el carácter aristocrático y pomposo que envuelve la obra es una crítica a la sociedad finisecular española. Este revestimiento de preciosismo adentra al lector en un mundo en el que no existe la preocupación por la vida, la muerte o el paso del tiempo. Estos temas serán motivos de reflexión en obras posteriores de Valle, sobre todo en los esperpentos. El Marqués de Bradomín es la personificación del es-

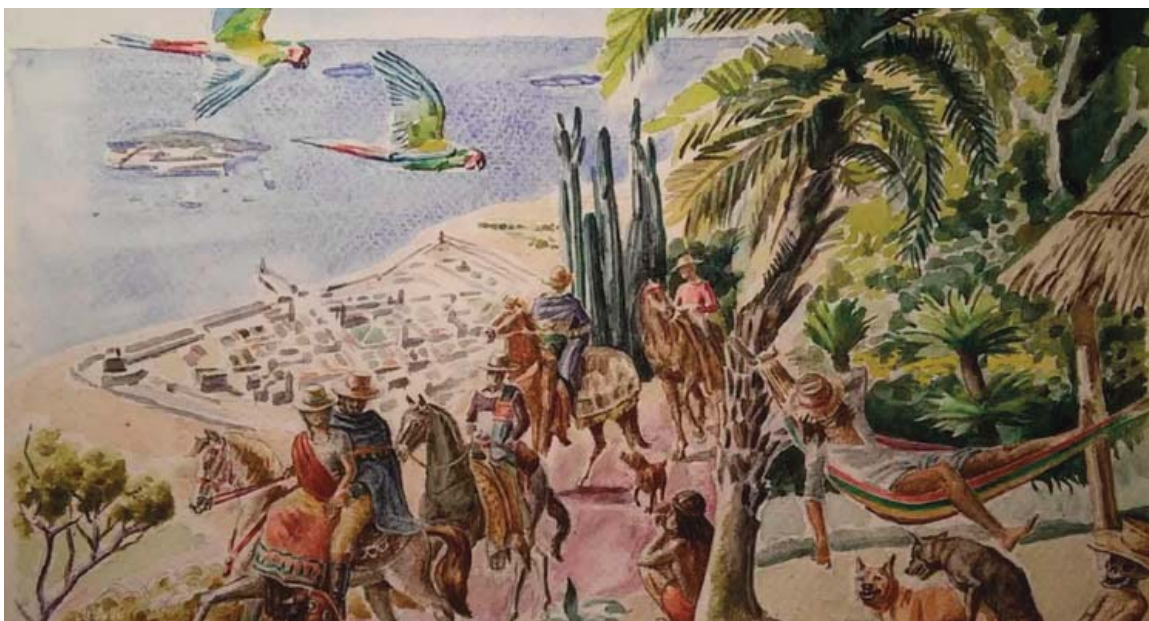
cándalo, de lo sacrílego, en fin, de lo demoníaco. En la línea del Modernismo, Valle supo abrazar tradición y vanguardia al distorsionar la visión que el lector tenía del donjuán dorado y romántico. Todo con un único fin: provocar, incomodar a esos nobles y religiosos apoltronados en sus vidas insustanciales y dominadas por el cinismo y la falsa moral.

Bibliografía

Balzan, E. (2006): Valle-Inclán, Bradomín y el modernismo, *Vetriolo. Voci e Culture d'Oriente e d'Occidente*, Università di Trieste, [www.ilboleroDiravel.org].

Lázaro Carreter, F. (1990): *De poética y poéticas*, Madrid, Cátedra.

Valle-Inclán, R.M. (1985): *Sonata de Otoño. Sonata de Invierno*, Leda Schiavo (ed.), Madrid, Espasa (Austral).



El pintor gallego Víctor López-Rúa recrea con minuciosidad gráfica el personaje de Valle-Inclán en una edición de sus «Sonatas», realizada por Luis Alberto de Cuenca